

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 206.

Sevilla.—Sábado 8 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

Al Directorio republicano

Señores directores: Van transcurridos tres meses desde que las respectivas Asambleas de los diferentes partidos otorgaron a ustedes su confianza.

Está espitando el período de vacaciones veraniegas. Se aproxima el otoño con todas sus tristezas, y es llegado el momento de dar pruebas al pueblo de lo que se ha trabajado durante el período estival.

No se trata de pagar una letra a plazo fijo, pero sí del reembolso ó de la cuenta de la inversión de esa facultad cuasi vencida que os otorgamos en Junio.

Todavía queremos esperar. Todavía mantenemos la confianza en vuestro amor a la República y en vuestra promesa a satisfacer las justas demandas de la opinión, respondiendo a la confianza del pueblo.

Todavía esperamos que no defraudaréis a los que entregaron en vuestras manos la suerte y el porvenir del partido republicano.

Hablad y os escucharemos.

Obred y secundaremos vuestra acción como responde el soldado a las excitaciones de su general cuando le lleva al combate.

Pero no olvidéis que el tiempo avanza, que la suerte de España es cada día más triste, que la situación de la gran familia republicana demanda ya imperiosamente una acción rápida y ejecutorios procedimientos. Que nunca la ocasión nos brindó en mejores condiciones, y que jamás estuvo el pueblo tan bien dispuesto para iniciar la lucha de las grandes reivindicaciones que de consuno demandan nuestra fe en las ideas y el honor de la patria.

Hoy todavía esperamos de vosotros. Mañana ya será tarde.

La confianza del presente se trocará en un mañana próximo de recelos y de justificada desconfianza.

La lealtad y el amor a la causa demandan, ó una acción rapidísima ó una confesión honrada de impotencia.

Aparte lo que significan nuestros ideales para el país y para nuestros correligionarios, si significamos algo en la vida política de la España actual, es la verdad frente de los convencionalismos monárquicos, el interés nacional frente de los egoísmos dinásticos. Se os puede perdonar como fracasados. No obtendréis la absolución del pueblo si ocultáis la verdad, por amarga que sea.

Hay opinión, hay masas republicanas, hay hombres dispuestos al sacrificio por el ideal, ó no los hay. A vosotros os cumple decir la crudeza de la verdad, con el lenguaje del varón justo que tiene la seguridad del deber cumplido y que se ha visto defraudado por los que debieran secundarle.

Todas las conveniencias aconsejan en estos supremos momentos hacer ó retirarse. Si no servís, volved a las filas del gran ejército de la democracia, y que vengan a ocupar vuestros puestos otros que inspiren más confianza ó que tengan más decisión, y respondan mejor a la demanda de nuestros amigos. Como soldados podríais contraer nuevos méritos que compensaran vuestros fracasos como directores.

Ha llegado el momento de hablar y de hacer.

El Directorio tiene la palabra. Esperamos su respuesta.

A. A.

Murmuraciones

No ocurre nada de particular por esos mundos de Silvela y Dato.

La fiesta marítima, aunque dando bandazos, sigue su curso por esos mares y por esos puertos.

Un día con mar gruesa, y otro día con mar delgada, el viaje va tocando a su fin.

Santander se prepara a dar los vivos de encargo, que serán bastantes y gordos, porque allí es donde suele veranear Martínez Campos!

Y como este señor dé los vivos con arreglo

al sueldo que cobra, va a atronar toda la costa cantábrica.

Una romería piadosa ha habido cerca de Burgos, y han resultado dos muertos y veinticinco contusos. ¡Romerías, mucho cuidado, que esos son trances oscuros, y a todas las romerías van muchas mulas y mulos!...

Y apropiado de romerías. Ahora creo que se está celebrando la romería a la virgen de Begoña, con grandes fiestas, allá en Vizcaya.

A esta virgen es a la que ha ofrecido la Regente su hijo como marino. ¡Excuso decir a ustedes a la altura que va a llegar nuestra marina de guerra en cuanto la virgen de Begoña comience a botar acorazados desde su astillero! Pues bien; ahora se va a celebrar, ó se está celebrando, la coronación de dicha virgen, y....

«La corona que van a poner sobre la cabeza de esa imagen sus devotos, es tan valiosa como artística y profana.

El número de brillantes de gran tamaño que lucen en la corona, sobre todo en la cruz, ha sorprendido y admirado a cuantos la han visto.

Las perlas son de un diámetro y de un oriente, como se podrán ver en muy pocas. Con decir que la corona de la virgen, solamente en la parte superior, contiene 280 brillantes, entre los que hay 13 de tamaño poco usado, se da idea del valor de esta joya.

El frontal está formado por ocho óvalos con 458 brillantes. En el centro ostenta cuatro magníficas esmeraldas. Las bandas, desde el frontal a la cruz, llevan dos hilos de soberbias perlas y uno de diamantes hermosísimos.

Alhajas análogas son la corona del Niño y el cetro. La paloma y la cruz de éste son de brillantes y perlas.

La corona de la virgen ha sido costeada por la señora doña María Aguirre, esposa del acaudalado industrial y diputado a Cortes D. Romualdo García.

Las piedras preciosas han sido donadas por la misma señora, quien para ello se ha desprendido de sus alhajas.

La corona y el cetro del Niño Jesús han sido costeados por suscripción popular.

El tiempo que habrá de durarle a la virgen de Begoña las alhajas susodichas, no se asegura.

Pero, a la hora presente, las piedras preciosas todavía no han sido cambiadas por piedras falsas.

Esta variación, ó milagro, ó misterio, ó juego de manos, la realizarán los jesuitas cuando vayan por allí.

El distinguido escritor Zeda—católico apostólico romano—protesta de este atentado al sentido común, de esta profanación, tan vituperada por el *Tostado*—sacerdote—y por otros varones eminentísimos y sapientísimos.

Y protesta dicho señor refiriendo un milagro acaecido, y que refiere de este modo:

«Los sacerdotes colocaron en las sienes de la sagrada escultura la joya preciosísima... Y entonces vióse un prodigio. La virgen separó las manos del pecho, quitóse la corona, y, en voz que oyeran sólo los sacerdotes, dijo, según la leyenda:

—Agradezco el don, pero dad su valor a los pobres; mis mejores perlas son las lágrimas de agradecimiento que vierten los desgraciados.»

Pero eso sucedía antes, cuando las vírgenes hablaban.

Ahora, como las hacen de pino de Flandes, no dicen—¡es natural!—esta boca es mía.

Porque, si hablaran, la virgen de Begoña—cuando la Regente la ofreció su hijo como marino, hubiera contestado, siquiera por urbanidad:

—Muchas gracias.

Telegrama urgentísimo que publica hoy *El Noticiero*:

«Ha fallecido el general carlista señor Meilgeriza.»

Bueno: que lo entierren.

El tren de Portugalete chocó contra una pared, hiriendo a diez pasajeros... ¿Pero iba ciego ese tren? ¡Hasta los trenes, señores, marchan aquí del revés! ¡Todo está descarrilado, todo fuera de su ser!

Dice *El País*:

«Es infecunda España en reputaciones políticas. No pasa aquí lo que en Francia, donde toda crisis ministerial se resuelve saliendo a la superficie en los primeros puestos hombres nuevos, expertos, competentes y que dan enseñanza prueba gallarda, en el ejercicio del Gobierno, de su capacidad y pericia.

En España el personal envejece en los altos puestos. Cánovas ejerció la jefatura del partido conservador más de veinte años. Sagasta, si viviera siglos, no dejaría el puesto a su sucesor, sino con la vida. En treinta años no se han encontrado personas con bastante talla para sustituir a los fracasados jefes republicanos.»

Pero, colega: ¿Usted cree buenamente que lo que hace falta a los jefes republicanos es talla?

No, nombre, ¡lo otro!

¡Lo otro!... que no es talla, ni búcaro.

El otoño parece que llega por encima del campo andaluz, porque el aire que corre es fresquito, y se apaga más pronto la luz.

Los viñedos están rebosando, los racimos se van a caer, y el lagar, sonriendo, ya espera que le vayan a dar de beber.

En el cielo las nubes oscilan, sin saber dónde van a llover, y.... ¡el paraguas que tengo está roto, y si llueve me voy a mojar!

En una nota curiosa que habla de las uñas de los soberanos, se dice que....

«El nuevo monarca italiano tiene la uña del pulgar en espátula; indicación de un carácter sombrío y brutal.»

¡Que tenga cuidado, que nunca falta un Bresci que vaya a cortársela con... cinco tiros a tres metros de distancia!...

Y sigue diciendo la nota:

«El sultán tiene una mano admirable.»

¿Para qué?

¡Sigamos!

«La reina de Inglaterra ofrece la particularidad de que sus dos pulgares son irregulares sin accidente. Es un signo de doblez y también de longevidad.»

¿Quién le ha visto los pulgares a Sagasta?

¿Serán también irregulares?

Porque entonces.... ¡adiós, España! Ese no se muere sin hacernos yanquis a todos.

De las uñas españolas no habla la nota de referencia.

Es verdad que tampoco nos hace falta a nosotros que nos hablen de ellas.

¡Las sentimos en el bolsillo cada trimestral!

Ayer, con gran descontento, quedó en el Ayuntamiento el presupuesto aplazado, y el público chasqueado, porque esperaba el momento en que un bravo concejal, en forma digna y formal, lanza en ristre, arremetiera a la Tarifa tercera.... ¿Estaría allí el Fiscal?

Dionisio Pérez, hablando del Ateneo de Madrid, dice:

«Unos cuantos jovencitos, que no saben escribir ni aprenderán nunca; que no quieren tener una cultura sólida, pero que sienten como la vanidad les impulsa a fingirla, van al Ateneo, cuya biblioteca tiene pocos, muy pocos libros, y se entregan desatinada y vorazmente, con inexperience lamentable, a la lectura de revistas. Uno de los males de la intelectualidad en España es la revistomanía. El revistomano es un ignorante que se cree sabio y en cuyo cerebro no hay más quimo y quilo del que puede contener el estómago de una mariposa.»

Eso de la revistomanía tiene mucha gracia y es una observación muy atinada.

Hablando yo el otro día—digo, no, hablando a mí—un pimpollo de esos que ya tienen cartel, y hasta los han estrenado en el teatro por secciones—declame que Echegaray estaba decadente.

—Pero ¿usted lee todo lo que escribe Echegaray?—le pregunté.

—Sí señor, en el *Blanco y Negro*.

—Y.... ¿en los demás colores, no ha leído nada?

—No señor.

—Bueno; pues vaya usted a la plaza de abastos, compre un pepino y métselo por donde mejor le parezca, y.... después viene usted a hablar de Echegaray.

La revistomanía es como la dosimetría: que ni cura *na*, ni sirve *pa na*, ni hace falta *pa na*. Aunque cuesta el dinero.

Opinión de un periódico.... digo, no, opinión de un periodista:

«Para atenuar de parte la crisis obrera, somos partidarios de que durante el invierno se lleven a cabo algunas mejoras locales, con tratamiento en aceptables condiciones un empréstito municipal que sirva exclusivamente respecto a este extremo para abastecer dicha necesidad.

Esta es nuestra opinión acerca de dicho asunto.»

¿Y quién le ha pedido a usted, señor mío, en ese asunto, su opinión?

¿Algún maestro albañil, quizá?

Bueno; ¿y qué mejoras locales vamos a hacer?

¿Le parecería a usted prudente que nos trajéramos a la Plaza Nueva la Pasadera del Prado, para que, desde ella, y a media noche, observáramos lo que hacen los vecinos y las vecinas por las azoteas?

¿Le parecería a usted que sería un gran golpe trarnos el Covento de frailes Capuchinos a la Plaza de Villasis, enfrente de la calle Pasión?

¿No cree que causaría gran efecto que por la ciudad se ordenara el blanqueo de la fachada del Palacio Arzobispal, que es la única casa que hay en Sevilla sin lavarse ni asearse nunca, quizás porque su habitante es el vecino más pobre, porque apenas gana más que seis mil duros al año, y los gajes, que sumarán otros seis mil?

¿Creería usted que sería de alabar que nos trajéramos la Giralda a la Plaza de San Francisco, para tenerla más cerca y evitar que se la lleven, como se llevaron aquellos dos millones de marras del Cabildo Catedral?

Si, como presumo, la Tarifa 3.ª de Consumos llega a aprobarse, ¿no estaría bien elevar un monumento, en cualquiera de los Fielatos de la ciudad, a Fernandito Checa, vestido de levitán, para que todos los infelices entradores, cada vez que riñan con los guardas del Consumo, porque les quieren cobrar más que lo que vale el género, miren la figurita simpática del alcalde más *sonao* que ha tenido Sevilla y le tiren de cuando en cuando un peñascazo?

Espero su opinión, señor mío.

Démela usted, que se la pido con mucha necesidad.

CARRASQUILLA.

POBRE JUAN!

Aun no hacía dos días cabales que Juan habitaba este mundo, cuando su padre, albañil de oficio, cayó a la calle desde lo alto de un andamio, quedando muerto en el acto. Hubo sus más y sus menos sobre si el andamiaje era demasiado estrecho y mal seguro; pero de las averiguaciones practicadas resultó demostrado con evidencia que el padre de Juan se hallaba aquel día en estado de embriaguez, por más que en su vida hubiese probado el vino. Cuando la pobre mujer, repuesta apenas de su alumbramiento, supo la desgracia, enfermó gravemente y murió a los pocos días.

A falta de madre natural, la madre adonis. trativa se hizo cargo del niño. El madre Juanito ingresó en un asilo encomendado al celo y diligencia de la Diputación, provincial. Por un verdadero misterio, con sus asomos de milagro, pudo sobrevivir la criatura a los cuidados que allí la prodigarón. Como la Diputación no pagaba a las nodrizas, los niños perecían de hambre. Todos los acogidos contemporáneos de Juanito tuvieron tan miserable fin. Sólo Juanito se salvó. Así es que los defensores de aquella administración solían en sus apologías citar al chiquillo como un testimonio vivo de la maternal solicitud de la misma.

Cuando la beneficencia oficial puso a Juan de patitas en la calle, hallóse nuestro héroe con el cielo por techo, la tierra por cama y la brisa por alimento. Cómo vivió entonces, él mismo no habría podido decirlo. Muchas ocasiones tuvo de perderse. Pero Juan había recibido de sus padres, a falta de otra herencia, una sólida probidad. Logró entrar de aprendiz en un taller, ejerció un oficio y ganó su vida. Al cumplir la edad reglamentaria, Juan metió la mano en el bombo fatal; sacó un buen número y quedó adscrito a la reserva.

Juan amaba. ¿Por qué no? ¿Es que para amar se necesitan rentas? Libre de la preocupación del servicio militar, se casó y al año justo tuvo un hijo. A fuerzas de fuerzas el joven matrimonio iba saliendo adelante. Mas sobrevino en esto un contratiempo nacional que fué para Juan y

los suyos una gran catástrofe. Los habitantes de cierta colonia lejana, disgustado de los funcionarios que les enviaba la metrópoli, ó por otras causas, se alzaron en abierta rebelión. La reserva á que Juan pertenecía fué llamada á las armas. Y á poco nuestro hombre se vió precisado á partir á tierras lejanas é inhospitalarias, dejando sumidos en la aflicción y el desamparo á los seres queridos de su alma.

Desembarcado apenas, cayó Juan enfermo de la fiebre é ingresó en el hospital. Pero el antiguo pupilo de la Beneficencia provincial tenía la vida dura. Su robustez nativa resistió juntamente á la enfermedad y á la medicina. A las pocas semanas el novel soldado estaba sano y dispuesto á cumplir con su deber. Largo tiempo estuvo de operaciones, corriendo de aquí para allá y pasando mil trabajos sin topar con un enemigo para un remedio. A la primera acción en que intervino, Juan se batió como un león y ganó un balazo. La herida al principio no parecía grave. Por desgracia, la asistencia tenía que resentirse de la escasez de personal facultativo. A poco, la herida empezó á tomar mal aspecto, apareciendo síntomas de gangrena, y hubo que proceder con urgencia á la amputación de una pierna. Juan regresó á la tierra natal inválido é inútil.

Allí le aguardaba la noticia de que su mujer y su hijo habían sucumbido durante su ausencia á manos de la miseria y las privaciones, á pesar de los dos reales diarios con que el Estado atendiera espléndidamente á su subsistencia. Para subvenir á la propia, Juan tuvo que mendigar. Cierta que el ministro de la Guerra, interpelado en el Parlamento acerca de esta gran vergüenza nacional, calificó la especie de calumniosa y sostuvo elocuentemente que la Patria, agradecida, satisfacía con liberalidad las necesidades de los que se habían inutilizado en su servicio. Pero no es menos cierto que, á pesar de la elocuencia del ministro, nuestro inválido se vió precisado á seguir pidiendo limosna.

Como la competencia era en la ciudad excesiva, solía Juan arrastrar sus muletas por los arrabales y otros lugares semejantes poco frecuentados por sus compañeros de mendicidad. Llegó en cierta ocasión á una casa aislada, pidió hospitalidad por aquella noche, y los dueños, buenas personas, se la otorgaron. Al ir á la mañana siguiente á darles las gracias y despedirse, vió con horror que los cinco individuos que componían aquella familia habían sido degollados. Petriñicado estaba aún por el espanto cuando llegaron los agentes de la autoridad, los cuales, por primera providencia, detuvieron al vagabundo y le zamparon en la cárcel como autor presunto del crimen.

De poco le valieron á Juan sus protestas de inocencia. Una serie de coincidencias fatales ofuscó la vista, de ordinario tan perspicaz, de la justicia histórica, y convirtió sus sospechas en engañosas certidumbres. El fiscal era un funcionario de habilidad suma. El defensor, nombrado de oficio, era un abogadillo novel y sin pizca de experiencia. El delito pareció probado. En él concurrían todas las agravantes: abuso de confianza, alevosía, ensañamiento, nocturnidad. Conforme á la enormidad del crimen que se le imputaba, Juan fué condenado á muerte.

Mientras el reo aguardaba en la capilla el momento de la ejecución, todas las autoridades civiles y eclesiásticas de la localidad se esforzaban en alcanzar su gracia. Llegado el instante fatal, el pobre Juan, confortado por los consuelos de la religión y sostenido por la firmeza de una conciencia no culpada, se dispuso á arrostrar valerosamente aquella muerte tan ignominiosa como inmerecida. Para colmo de infortunios, el verdugo, novicio y poco experto en sus digna profesión, hizo sufrir á la víctima una larga y horrible agonía. Y aun fué de todo lo más triste que Juan murió indultado. La gracia tan solicitada había sido concedida. Sólo que el telegrama no llegó á tiempo. Estaba interrumpida la línea.

Cuando años después fué descubierto el verdadero culpable, la Prensa tuvo algunas palabras de conmiseración para la memoria de aquel inocente sacrificado por el error judicial, y aun es fama que el cura del cementerio en que yacían sus restos dijo sobre el hoyo grande un responso por el alma de Juan. El autor del delito fué también condenado á la pena capital, pero esta vez hacia buen tiempo y el indulto pedido y otorgado llegó con oportunidad.

Y ahora, ¿dirás tú, lector incrédulo, que esta historia de Juan es una pura fábula? ¿Por qué? ¿Hay en toda ella algo de fantástico é inverosímil? ¿Cuál de los sucesos particulares que forman esta biografía encuentras imposible? ¿De cual de ellos no te ofrece ejemplos la experiencia? ¿Por ventura aquí no caen del andamio los obreros, ni quedan en el desamparo los huérfanos, ni

padecen hambre las familias de los reservistas, ni piden limosna los inválidos, ni se equivoca la justicia, ni el verdugo yerra, ni el telégrafo se interrumpe?

Sí, por una legítima ficción, acumulamos ahora en cabeza de uno sólo todas estas desgracias posibles y aun efectivas, es con el noble propósito de confirmar por un ejemplo la doctrina conservadora, según la cual, los hombres como Juan no deben tener intervención en los asuntos públicos. Porque, reflexionalo bien, á excepción de sus padres, de su mujer y de su hijo, de su pierna, de su pan, de su salud, de su vida y de su honor, nada absolutamente perdió Juan, en atención á que nada más tenía que perder.

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

OTRA VEZ BOTHA

Este intrépido caudillo de las fuerzas transvaalenses ha librado una dura acción con el ejército inglés mandado por Buller. Este ha retrocedido, siendo desalojado de sus posiciones.

Los boers han destruido varias líneas férreas en una gran extensión, y se apoderaron de un tren con provisiones que marchaba en socorro de los británicos.

Otra vez la mala estrella acompaña á Inglaterra en esta injusta guerra.

NUEVOS TEMAS

Hay recelos de nuevos atentados anarquistas. Parece que circula por la prensa italiana la noticia de la prisión de un individuo, al cual se le encontraron documentos que hacían sospechar si sería el tal el designado para dar muerte á Victor Manuel.

Sin embargo de estos rumores, y teniendo en cuenta lo que la fiebre noticiosa y la fantasía de los corresponsales inventa, la gente de buen sentido no concede fundamento á estos rumores.

TRABAJOS DE PORTAGO

Es un hecho la estafeta internacional para cuya implantación, el Sr. Cabeza de Vaca, director de Comunicaciones, ha realizado grandes esfuerzos. Los telegramas dicen que ha salido para Irún y después se trasladará á Fuentes de Oñoro con el objeto. Bien merece este servicio si ha de funcionar con regularidad y presteza un aplauso.

DE GIJÓN

En este importante y pintoresco puerto asturiano se han declarado en huelga los obreros de la fábrica de Forjas del Llado.

Primeramente dejaron el trabajo las mujeres, que pedían un aumento de un real en el salario.

Negada su petición, han hecho causa común con ellas los moldeadores mecánicos y demás trabajadores de dicho centro industrial.

CON TRAINA... Y SIN TRAINA

La irresolución del Sr. Silvela en el debatido asunto que de tan honda manera afecta á los intereses de los pescadores gallegos, ha comenzado á producir funestos resultados.

Las discusiones son cada día más vivas, los altercados entre unos y otros más violentos, las promesas del Gobierno interpretadas por cada uno de los bandos según sus gustos, y al final... consecuencias lamentables como en el pueblo de Buen, donde estas discusiones han concluido á tiros, abordándose en el mar las lanchas, quemando en tierra las redes y llevando la alarma y la sobreexcitación á todos los ánimos.

Y el almirante... tan tranquilo, marineando, poniendo á todos buena cara y sin resolver el famoso expediente de las trainas.

PRUEBAS

Se habla de un submarino invención de un inglés.

Desde Londres algunos telegramas indican que los experimentos particulares ó privados que se han hecho han sido de éxito y causado excelente impresión.

Para esta semana se anunciaban pruebas oficiales, de cuyas pruebas nada se sabe hasta la fecha.

SIEMPRE LO MISMO

No obstante la actividad y buen deseo que se le reconocen al Director de Comunicaciones, hay en España, por lo visto, accidentes inevitables en fuerza de la costumbre.

La lluvia, y el viento como sople rabioso, acaban con el telégrafo. Quéjense por esto los periódicos, apropósito de no haber comunicación con las provincias del norte por causa de las tormentas allí habidas.

SIGUE EL DISGUSTO

La cuestión de etiqueta mal surgida y mal resuelta entre marinos y militares en el Ferrol, continúa dando disgustos á Silvela y á los reyes.

Estos han inaugurado las obras del ferrocarril de Betanzo.

Asistió á dicha inauguración sólo el elemento civil, y siendo el asunto del día la ausencia en dicho acto de las citadas clases, enemistadas por la etiqueta.

EN PARÍS

La fiesta de las flores ha sido lucidísima y brillante, á juzgar por las manifestaciones que hace la prensa. La impresión ha sido artística y verdaderamente fantástica.

Los faroles del campo Marte estaban transformados en bouquets; las mujeres, coches y sillas, estaban igualmente transformadas por las flores, y desde la torre Eiffel caía sobre el her-

moso conjunto caprichosa lluvia de hojas de rosa.

OTRO MOZART

Están causando profunda admiración en París las sorprendentes facultades del niño madrileño Pepito Arriola.

Con este motivo son muchos los periódicos que, echándose en brazos de candorosas leyendas, sacan á colación estupendas historias de niños precoces del tiempo de las brujas.

LA COSECHA

Comparan los interesados en el movimiento comercial, la cosecha de granos del año actual con el anterior, en el extranjero; y aunque no respondemos de la exactitud de los datos, parece que es opinión general que se ha producido menos en este año. Especialmente del trigo. Pero aseguran en varios puntos de Europa hay grandes reservas.

EL SACRIFICIO DE LA MARQUESA

Hacía muchísimo calor. La marquesa de Palangridaine se despertó en su lecho Luis XV, sintiéndose aun algo pesada á consecuencia de la comida de la víspera en Armenonville. Mientras se despertaba, se puso á pasar revista á todos sus amigos presentes y ausentes, cuando de pronto pensó en Pedro, el organizador de las grandes fiestas, el joven elegante y distinguido á quien ella prefería entre todos sus conocidos. Pedro no había asistido á los últimos banquetes que se habían celebrado, porque estaba preso en Fresnes por cuestiones políticas. ¡Mientras ella se divertía y comía opíparamente, Pedro yacía encerrado en una estrecha celda y no probaba más alimento que el rancho de los detenidos! ¡Aquello era espantoso!

La marquesa sintió un gran remordimiento y reconoció que no había hecho nada en favor del preso, lo cual constituía una verdadera ingratitud.

A consecuencia de esto, empezaron á germinar en su cerebro infinidad de proyectos á cual más caprichosos é irrealizables. ¿No podría llevarle un disfraz de mujer y una escala de seda?

Tiempo atrás había visto en el Ambigú un drama en el que una mujer hacía uso de una escala de doce metros que no ocupaba más sitio que el de un pañuelo de bolsillo... Mas para esto era preciso limar los barrotes de una reja. ¿Pero no podría hacer llegar á sus manos una lima oculta en un pastel de liebre?

De todos estos proyectos, el del pastel, aunque sin lima, fué el que le pareció más práctico y más humano. El preso debía estar muy mal alimentado, y un buen pastel le vendría de perillas, sobre todo llevado por ella misma. El obsequio sería muy meritorio en medio de aquella asfixiante temperatura. ¡Ir á la cárcel y llevar un pastel á un preso!

La marquesa escribió inmediatamente una carta á M. Lepine, prefecto de policía, pidiéndole una autorización para ir á visitar á su primo Pedro (el parentesco era muy lejano, pero le convenía utilizarlo en su carta), preso en Fresnes.

Después llamó y dió orden de que un criado fuese inmediatamente en su automóvil á llevar la carta al prefecto de policía y esperase la contestación.

A su regreso debía comprar un buen pastel de liebre, procurando que no se estropease en el camino.

Durante el tiempo necesario para desempeñar la comisión, la marquesa consultaría la guía de ferrocarriles.

Al cabo de tres cuartos de hora presentóse el criado con el pastel y la autorización de M. Lepine.

—Acerque usted el automóvil á la puerta— exclamó la marquesa de Palangridaine.—Vamos á partir inmediatamente.

Obedecida la orden, la aristocrática dama bajó precipitadamente la escalera y dijo al criado mientras subía al automóvil:

—¡A la estación del Luxemburgo!

El carruaje echó á andar con una velocidad superior á la normal, con el pastel, que, por diende de un bramante, ejecutaba saltos inverosímiles.

Los transeuntes se quejaban con indignación de que hubiese quien se atreviera á correr de aquel modo, y los cocheros echaban pestes contra el automóvil, que de vez en cuando les obligaba á detenerse.

Pero la marquesa sufrió estóicamente aquellas injurias que formaban parte del deber con que estaba cumpliendo.

Siguiendo un ejemplo divino, perdonaba á sus detractores, porque ignoraban que iba á visitar á un preso y á llevarle un riquísimo pastel. ¡Ahl... ¡Si aquellos miserables hubiesen sabido!

La marquesa llegó á la estación en el momento en que iba á partir el tren, y apenas dis-

puso del tiempo necesario para tomar asiento en un coche de primera clase.

Emprendida la marcha con gran lentitud, cada cinco minutos deteníase la locomotora en alguna estación para recoger pasajeros, cargados de melones, botellas de vino y de provisiones de todo género. ¿Iban á llevar todo aquello á algún preso? No. Indudablemente no pensaban más que en sus estómagos y en las expediciones campestres que habían organizado.

Ella sola era la que en aquel tren obedecía á un pensamiento noble y cristiano. Sentíase orgullosa de su sacrificio; pero tenía mucho calor.

La temperatura era sofocante y el sol hería con sus ardientes rayos la techumbre del coche, convertido en estufa.

La marquesa bajó en Berny y pidió un carruaje para ir á Fresnes. Pero no había ninguno disponible. En vista de esto, partió á pié y allí comenzó el Calvario de madame de Palangridaine, la cual tenía que andar tres kilómetros por un camino polvoriento y desprovisto de árboles, y llevando en la mano su pastel, que empezaba ya á pesarle demasiado.

La marquesa pasó por delante de la posada del León de oro, y allí supo que aún le faltaban dos kilómetros y medio para llegar á Fresnes.

Comenzó á faltarle valor para proseguir la marcha, pues el sudor inundaba su frente y sus cabellos se le pegaban á las sienes. Además se había olvidado de almorzar y empezaba á tener hambre. Quiso luchar y seguir excitándose con la idea del cumplimiento del deber que ella misma se había impuesto; pero no podía más y sentía agotadas todas sus fuerzas.

El preso—pensaba la marquesa—no sufría los rigores del sol, no andaba y en aquel momento padecía mucho menos que ella.

La buena señora se apiadó al fin de sí misma, y creyó que había intentado hacer un sacrificio demasiado grande en favor de un hombre que, después de todo, ni siquiera era primo suyo.

Calmóse su entusiasmo y experimentó la sensación de que había cumplido con su deber y de que le era imposible hacer más de lo que había hecho.

Entró resueltamente en la posada, pidió una botella de cerveza y comió con gran apetito un pedazo de pastel que, en honor de la verdad, era cosa exquisita.

No había que pensar ya en presentarse en la cárcel con pastel ó sin él.

La marquesa tomó el camino de la estación, apiadándose de sí misma, bajo los rayos de un sol abrasador, y procurando satisfacerse ante la idea vivificadora de que no existía en París mujer alguna capaz de realizar lo que ella había hecho.

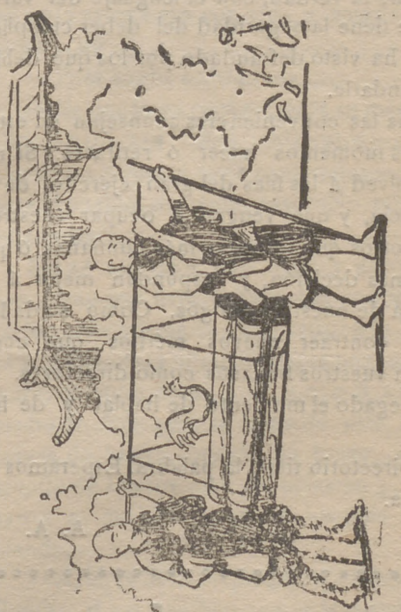
—¡Soy yo la única!—decía para sí la marquesa, limpiándose la frente con su pañuelo de encaje.—¡La única! ¡La única!

Madame de Palangridaine regresó á París rendida, aniquilada, medio muerta, y al entrar en su hotel exclamó:

—¡Supongo que cuando Pedro sepa lo ocurrido, no olvidará jamás el acto de heroísmo que por él he realizado!

RICARDO O'MONROY.

Curiosidades



LOS FUNERALES EN CHINA

Cuando un chino está espirando se le saca del lecho y se le coloca en tierra, á fin de que su vida termine como empezó. Cuando el enfermo ha muerto, colócasele en la boca un pequeño palo que impide se cierra aquella. Entonces una persona de la familia sube al tejado de la casa con el traje del muerto, lo extiende y llama al alma del fallecido por el nombre de éste: baja después y cubre el cadáver con su ropa, dejándolo así durante tres días.

Al cuarto día, después de observarse que no da señal de vida, se le entierra, colocando en su sepultura un bambú en forma de bastón, para que el alma pueda apoyarse, y una especie de